

Testimonios sobre la tortura en Chile

“La llama aún está encendida”

Mario Amorós*

Pasajes de Pensamiento Contemporáneo¹

Desde el mismo 11 de septiembre de 1973 y hasta sus estertores en marzo de 1990 la dictadura cívico-militar encabezada por el general Augusto Pinochet no cesó de torturar. Las violaciones de los derechos humanos (ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada de personas, tortura, encarcelamiento, exoneración, exilio... de centenares de miles de personas) fueron imprescindibles para que el régimen pudiera cumplir sus objetivos: el exterminio del movimiento popular y la refundación de Chile a partir del primer programa neoliberal implementado en el mundo y el legado de un modelo de democracia “protegida”. Presentamos en este artículo algunos de los testimonios que incluimos en nuestro libro *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida* (ed. Cuarto Propio. Santiago de Chile, 2004).

En diciembre de 2004 el presidente Ricardo Lagos presentó al país el *Informe sobre Prisión Política y Tortura*, producto de los testimonios de casi 35.000 prisioneros de la dictadura, ya que estos aspectos quedaron excluidos del *Informe*

* Mario Amorós (Novelda, 1973) es licenciado en Historia por la Universidad de Barcelona y en Periodismo por la Universidad Complutense. Ha escrito dos libros sobre historia de Chile y ha participado en varias obras colectivas, la última de ellas con el trabajo “La Iglesia que nace del pueblo. Relevancia histórica del movimiento Cristiano por el Socialismo”. En: Pinto Vallejos, Julio (coord.): *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2005. pp. 107-126. En las próximas semanas defenderá en la UB su tesis doctoral *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*, sobre este cura valenciano (dirigente del MIR y de Cristianos por el Socialismo) desaparecido en Chile en 1974.

¹ Revista cuatrimestral de la Universitat de València dirigida por Pedro Ruiz Torres, catedrático de Historia Contemporánea. Este artículo apareció en su último número, el 17, datado en la primavera de 2005.

de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig), avalado por el presidente Patricio Aylwin en 1991. El reconocimiento de las víctimas de la tortura, una vieja reivindicación del movimiento de derechos humanos, ha sumergido a Chile en los últimos meses en intensos debates acerca de su magnitud y, junto con las recientes y esclarecedoras revelaciones acerca de la vocación depredadora de Pinochet y sus allegados, ha terminado por sepultar “la obra” de la dictadura ante los ojos de la inmensa mayoría del país.

En julio de 1997 la doctora Paz Rojas (hoy presidenta de la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo –CODEPU) declaró ante el juez Manuel García Castellón, primer instructor de la denuncia presentada contra la junta militar chilena en la Audiencia Nacional, que entre 600.000 y 800.000 personas (el 12% de la población chilena mayor de 15 años) fueron víctimas de la tortura durante la dictadura.

Después de casi una década de acuciosa investigación sobre la historia reciente de Chile no hemos encontrado un testimonio que refleje mejor esta tragedia que el de una trabajadora del hospital Barros Luco de Santiago detenida en octubre de 1973 y torturada en la Escuela de Infantería de San Bernardo: “Cuando muchas veces leí lo que los norteamericanos hacían a las mujeres vietnamitas, me estremecía de horror, pero siempre pensaba que era algo que estaba muy lejos de nosotros. Nunca pensé que alguna vez me podría tocar a mí sufrir algo parecido y mucho menos a manos de militares chilenos”.²

Muchos de los oficiales responsables de las violaciones de los derechos humanos (como Manuel Contreras –director de la DINA-, Eduardo Iturriaga

² *Chile, una esperanza aplastada*. Verbo Divino. Estella, 1975. p. 36.

Neumann o Miguel Krassnoff) fueron adiestrados en centros estadounidenses como la siniestra Escuela de las Américas según los preceptos de la anticomunista Doctrina de Seguridad Nacional. Los relatos de la tortura que hoy sufren centenares de personas en Guantánamo o Abu Ghraib y otras cárceles iraquíes a manos de las tropas estadounidenses son idénticos a los que padecieron miles de chilenos y centenares de extranjeros en lugares como Londres 38, Villa Grimaldi, José Domingo Cañas, el Estadio Nacional, el Estadio Chile, Tejas Verdes, el cuartel Silva Palma, la “Venda Sexy”, el Cuartel Borgoño o Colonia Dignidad.

“¡Papá, qué porvenir destruido!”

Hacia las dos de la tarde del 11 de septiembre de 1973, tras el bombardeo de La Moneda y la inmolación del Presidente Salvador Allende, los militares apresaron a las personas que habían resistido junto a él en defensa de la opción democráticamente conquistada por el pueblo chileno de construir una sociedad socialista en pluralismo y libertad. Entre los detenidos estaban varios ministros y ex ministros, colaboradores políticos, una parte de sus escoltas personales y varios médicos personales. A excepción de los primeros, conducidos al Ministerio de Defensa y días después a la isla Dawson (en los confines de la Patagonia), y de algunos médicos, que fueron liberados, “los prisioneros de guerra” fueron trasladados al regimiento Tacna.

La historiadora María Eugenia Horvitz supo aquella misma tarde por el doctor Óscar Soto que su esposo, Enrique París (psiquiatra, asesor político de Allende y miembro del Comité Central del Partido Comunista), había sido detenido y algunas

semanas más tarde conoció que había sido asesinado en los terrenos militares de Peldehue junto con 21 defensores de La Moneda. En diciembre salió al exilio en Francia con sus tres hijos.

En agosto de 1994, entre los cuerpos inhumados de manera clandestina y hallados en el Patio 29 del Cementerio General de Santiago de Chile, se identificó el de Enrique. Entonces su familia averiguó que en realidad falleció a mediados de septiembre de 1973 en el servicio de urgencias del hospital José Joaquín Aguirre, de donde una patrulla militar retiró su cadáver y lo arrojó al río Mapocho. El 3 de octubre de 1973 su cuerpo fue sepultado en el Patio 29 como "N.N".

La identificación de su cuerpo les devolvió a septiembre de 1973, les hizo revivir con toda crudeza el dolor de su dramática pérdida. Conocieron, además, la autopsia que le realizaron en aquel tiempo y que describía el estado del cuerpo, las lesiones que causaron su muerte, así como los resultados del trabajo de los especialistas del Instituto Médico Legal, que les reveló la inmensa brutalidad de quienes le torturaron.

María Eugenia Horvitz destaca que "lo más cruel fue conocer las causas de su muerte, las feroces torturas: Enrique fue quemado en vida, tratado con un ensañamiento que se ha visto en pocos de los detenidos de la época. Pudo ser quemado con un soplete, una situación tremenda que nos explicaría las causas probables de su muerte. Murió antes de recibir unos balazos y su cuerpo fue tirado al Mapocho. Es una situación brutal, que tiene relación con la tortura y la crueldad que caracterizaron a la dictadura de Pinochet".

El 10 de septiembre de 1994 miles de personas acompañaron al doctor París en el regreso a su querida Escuela de Medicina. Tomaron la palabra, entre otros,

Gladys Marín (dirigente comunista), Ricardo Lagos y el gran coreógrafo Patricio Bunster, quien evocó: “La lucha social, la convicción de que no se puede ser profundamente humanista si no se toma con decisión un lugar entre los que quieren transformar este mundo, llenó su vida desde muchacho”.

Hacia las dos de la tarde el cortejo llegó al Memorial del Cementerio General (inaugurado siete meses antes) y allí en el momento de la despedida definitiva, su hijo Sebastián leyó esta carta: “Papá, nuestro papá, mi querido papá, golpeado, torturado, acribillado, destruido, pero aquí, con nosotros, conmigo, en fin, presente. Quizás no reconocerá mis palabras, nuestro diálogo fue detenido hace ya 21 años y la voz que escucha ya no es la del niño ese que no vio crecer. En aquella época maldita, nos robaron su presencia, nos arrebataron aquellos fines de semana juntos, con la alegría, el amor que nos reunía al estar juntos, todos juntos, como una familia, una simple familia de chilenos. ¡Papá, qué porvenir destruido! Claro, no supo de nuestros años de exilio, pero sepa cuán importante fue su recuerdo que nos dio la fuerza, la unión de amor y contribuyó a fortalecer aún más a la mamá, quien logró poner a sus hijos, vuestros hijos, en el sendero de la vida. En fin, quisiera decirle en esas diminutas palabras que tenga la certeza de que intentaremos, intentaré transmitir a sus nietos que la brutalidad de algunos les impidió conocer su lección de vida: amor, rectitud, pluralidad, lealtad, coraje. Esta empresa no será fácil, no me será fácil, porque usted fue un gigante, un gigante de la vida”.³

Al igual que sus hijos, María Eugenia se siente muy orgullosa de la decisión de su esposo de permanecer junto al Presidente Allende el 11 de septiembre en La

³ Maldonado, Rubí *et alii*: *Ellos se quedaron con nosotros*. LOM. Santiago de Chile, 1999. pp. 59-72.

Moneda: “Demostraron su coraje físico e intelectual frente a la felonía de Pinochet y su gente. Creo que Allende no se equivocó en sus últimas palabras, su sacrificio ayudó a la recuperación de la democracia. Es algo muy importante para los chilenos. La actitud de Allende y su gente también es un legado para el mundo”.

“Ningún comunista o hijo de comunista merece estar vivo”

Luis Alberto Corvalán, ingeniero agrónomo e hijo del secretario general del Partido Comunista, fue detenido el 14 de septiembre de 1973 por una patrulla militar y conducido al Estadio Nacional, por donde hasta principios de noviembre pasaron cerca de veinte mil militantes de las fuerzas de izquierda.

Cuando llegaban al Estadio los presos bajaban a culatazos de los vehículos y debían atravesar un pasillo delimitado por hileras de carabineros que les golpeaban con su fusil. Ya dentro, en unas mesas situadas debajo de la tribuna presidencial, los militares registraban sus datos en unas hojas mecanografiadas y en el apartado de cargos anotaban acusaciones tremebundas como “extremista peligroso”, “espía soviético”, “activista del comunismo” o “dedicado a la infiltración de las Fuerzas Armadas”. En función de su “peligrosidad” un suboficial los conducía a uno de los 32 camarines a través de la pista de ceniza del maratón y de los inmensos graderíos de cemento, vacíos en algunas partes pero repletos en otras de detenidos custodiados siempre por militares armados con ametralladoras.

Los interrogatorios y las torturas tenían lugar en las dependencias del velódromo que forma parte del complejo dominado por la granítica estampa del Estadio Nacional. Entre las vejaciones documentadas mencionamos la violación de las mujeres, la rotura de extremidades, el tratamientos con drogas inyectables y

orales, la incrustación de bambú en las uñas, la ingestión forzosa de excrementos humanos, la tortura con descargas eléctricas, la inyección de aire en los senos, los golpes con bayonetas en la vagina, la asfixia de la cabeza en una bolsa de nylon o en tambores de agua, los colgamientos en el “pau de arara”, los torniquetes en la cabeza, piernas y brazos, la incomunicación en celdas, de pie, sin comer ni dormir durante seis días, las torturas psicológicas...

El 12 de octubre Luis Alberto Corvalán fue llevado al velódromo con el rostro cubierto con una sábana. “Mientras torturaban a otros compañeros, a otras mujeres, mientras escuchábamos el dolor salido del corazón, debíamos mantener posiciones de suplicio”, declaró ante la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile en febrero de 1975 en México. Era la última etapa previa a la tortura: permanecían durante horas de pie, con la cabeza cubierta y apoyada en el muro, con las manos atadas en la espalda y los pies separados un metro de la pared para que agotaran todas sus energías, mientras los soldados les golpeaban a traición. Finalmente le condujeron a la sala donde estaba el torturador llamado “Chago 2”, en la zona sur del velódromo.

“Me llevan corriendo con una frazada en la cabeza y al entrar me reciben con una patada en el plexo-solar; allí me doblo, caigo al suelo, no puedo sacar la respiración. Luego me levantan ellos mismos y me obligan a correr en círculos por la habitación, con la cabeza agachada para estrellarme una y mil veces contra la muralla. Entre varios se lanzan contra mí; golpean desde todas las direcciones. Al tiempo que golpean, amenazan, nos insultan. Nos obligaban a mantener en alto los brazos mientras nos golpeaban el estómago. Con ello medían nuestra resistencia física. Nos desvestían. La sensación de los golpes y la sensación del

vejamen cuando uno está desnudo, y cuando no ve y sólo escucha y siente, es mayor”.

La violencia de los militares se dirigió con odio desmedido contra el hijo del secretario general del Partido Comunista, quien también fue torturado en la “parrilla”: “Mientras conectan los electrodos en los genitales, en los pies, en las manos, en los oídos, en la boca, en los ojos, en las sienes, en el ano, simultáneamente siguen castigando el estómago, siguen castigando la cabeza. Me desmayo varias veces. Me tiran agua y me reactivan, sobre la base de seguir golpeando, de seguir aplicando la corriente (...) Eran más de doce torturadores contra un joven. Siento que estoy al límite de la resistencia, estoy tendido desnudo en el suelo, tengo simultáneamente electrodos conectados en los pies, en los genitales, en la cabeza, en las sienes, en los oídos, en la boca. Ya estoy sangrando: sangro de la cabeza y del rostro. Tengo heridas y contusiones en todo el cuerpo. Siento somnolencia. Ya prácticamente los golpes e incluso la corriente eléctrica no se sienten”.

Sus verdugos le inquirieron con insistencia por el paradero de su progenitor. “¿Dónde está tu padre, hijo de puta? ¿Cuáles son las caletas donde se esconde? ¿Dónde tienen escondidas las armas? ¿Quién dirige el Plan Z? Da nombres. Colabora o te fusilamos. Ningún comunista o hijo de comunista merece estar vivo”⁴. Al igual que otros detenidos, Luis Alberto declaró haber visto en el Estadio Nacional a policías brasileños y asesores militares norteamericanos, por lo que la Operación Cóndor tuvo un prólogo igualmente cruel ya en septiembre de 1973.

⁴ Corvalán, Luis Alberto: *Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos*. Talleres Amaranto. Santiago de Chile, 1980.

Al salir al exilio un año después, se unió a las tareas de la solidaridad internacional con su pueblo, pero no pudo recuperarse de su terrible sufrimiento y falleció en Sofía el 26 de octubre de 1975. Jamás olvidaremos las palabras con que Luis Alberto Corvalán concluyó su intervención ante aquella Comisión Internacional: “Pese al crimen, pese a la represión, la juventud está luchando, está luchando junto al pueblo, junto a los trabajadores, está unida resistiendo al fascismo, está combatiendo, combate desde las propias prisiones. Quiero decir que la juventud chilena, que los jóvenes que hemos pasado por la prisión, tenemos confianza en la fuerza de la solidaridad internacional, en la fuerza del pueblo. Tenemos una confianza invencible, una confianza infinita, en la victoria de Chile”.

“Exterminaremos el marxismo y sus ideologías afines como si fueran plagas”

El 6 de noviembre de 1973 Pinochet encargó al coronel Manuel Contreras, director de la Escuela de Ingenieros del regimiento de Tejas Verdes, la creación de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), el organismo que debía encargarse de la llamada “guerra antisubversiva”. Aquel mismo mes los primeros 600 integrantes de la DINA llegaron a Tejas Verdes y en su arenga inicial Contreras barruntó que habían sido escogidos entre todos los efectivos de las Fuerzas Armadas para cumplir la misión encomendada por Pinochet: “Exterminaremos el marxismo y sus ideologías afines como si fueran plagas”. Para el adiestramiento de sus hombres Contreras contó con personal de la CIA y con algunos de sus manuales técnicos.

El periodo de preparación duró hasta finales de febrero, cuando los agentes fueron distribuidos por todo el país. El cuartel general de la DINA se instaló en el número 90 de la calle Marcoleta de Santiago, en un inmueble que había pertenecido a las Juventudes Comunistas, y, hasta su transformación en agosto de 1977 en la Central Nacional de Informaciones (CNI), fue la responsable de la detención y tortura de miles de personas y de la desaparición de cientos.

Si hay un lugar de la DINA que condensa el infinito horror de aquel régimen es Villa Grimaldi, donde cinco mil personas sufrieron martirio y del que desaparecieron al menos 226. Conocido con el nombre en clave de “Cuartel Terranova” por los agentes, este centro de detención clandestino estuvo situado en el número 8.200 de la avenida José Arrieta. Hasta noviembre de 1973 funcionó allí un restaurante denominado “El Paraíso de Villa Grimaldi”, cuya propaganda loaba los encantos encerrados en sus casi diez mil metros cuadrados, pero entonces Contreras obligó a su propietario, el ciudadano italiano Emilio Vasallo (cuya hija estaba detenida), a entregar el lugar a la DINA, que lo convirtió en sinónimo del infierno.

El peor lugar era la “torre” (una edificación de unos seis metros de altura que almacenaba el agua para la piscina y para regar las más de cuatro mil rosas), donde se instalaron las conocidas “cajoneras”, diez espacios de unos 70 centímetros de ancho y largo y dos metros de alto donde se mantenía a los detenidos en un régimen de encierro permanente. Allí recluyeron a los prisioneros que consideraban más importantes, como el dirigente socialista Carlos Lorca, el comunista Víctor Díaz o la periodista del MIR Gladys Díaz, y la mayoría de ellos fueron hechos desaparecer.

Como subraya el Informe Rettig, los detenidos de Villa Grimaldi sufrieron las torturas más atroces. La práctica más habitual eran los tormentos con electricidad en la “parrilla”, aunque con una variante aún más cruel ya que se realizaban en un camastro metálico de dos pisos donde se colocaba al interrogado abajo y arriba torturaban a un familiar o a un compañero para presionarle y lograr que entregara toda la información que le exigían.

Los agentes de la DINA emplearon, además, otros métodos como el colgamiento de la víctima en una barra por las muñecas y las rodillas o sólo por las muñecas y el dolor que producía el peso del cuerpo suspendido durante largo tiempo se multiplicaba hasta el infinito con la aplicación de corriente eléctrica, golpes, heridas cortantes u otros vejámenes. También aplicaron el método del hundimiento de la cabeza de la víctima, hasta casi la asfixia, en un recipiente con agua sucia u otro líquido. O el “submarino seco”: la colocación de una bolsa de plástico en la cabeza hasta casi la muerte. O el uso de drogas como las inyecciones de pentotal sódico para arrancar declaraciones a los detenidos. Y muchas personas sufrieron también palizas brutales.

A mediados de septiembre de 1976 la prensa chilena informó de la aparición del cuerpo sin vida de una mujer envuelto en un saco, amortajado, desnudo, con todas las costillas quebradas y un alambre enrollado en el cuello en una playa de Los Molles, 180 kilómetros al norte de Santiago. Hilda y Berta Ugarte no creían que pudiera ser su hermana Marta, miembro del Comité Central del Partido Comunista y desaparecida el 9 de agosto anterior, pero aún así decidieron ir a la morgue de Santiago ya que conocían a muchos detenidos desaparecidos.

Sin embargo, descubrieron con espanto que aquel cuerpo era el de Marta, que tiempo después supieron que había estado detenida en Villa Grimaldi. “Nos armamos de mucho valor y entramos. Realmente lo que vimos era indescriptible; no podíamos creer que eso era lo que había quedado de nuestra hermana. Era espantoso. Tenía la cara hinchada, los ojos reventados, el cuello cercenado, pedazos de pelo arrancado. Tenías las uñas de los pies y las manos arrancadas, negras, como cuando uno se pega un martillazo, y las manos, hinchadas, eran como tres veces más grandes de lo que las tenía... Todo el cuerpo estaba morado. Nos mostraron el lado izquierdo del cuerpo; en las piernas tenía como cuchillazos, como tajos; la parte derecha del cuerpo no la mostraron porque estaba desarmado; le tenían puesto un saco y dijeron que si se lo quitaban se iba a desarmar. Cuando fuimos a hacer el peritaje con el dentista, hasta la lengua le habían cortado”.⁵

La aparición del cuerpo inerte de Marta Ugarte en aquella playa alimentó durante años todo tipo de dudas y especulaciones. Finalmente, la exhaustiva investigación del juez Juan Guzmán ha permitido establecer que los cadáveres de entre 400 y 500 detenidos desaparecidos, amarrados con alambre a un riel y envueltos en sacos, fueron arrojados en aquellos años al océano por efectivos de la DINA en al menos 40 “vuelos de la muerte” de helicópteros que despegaban del aeródromo de Tobalaba, muy próximo a Villa Grimaldi.

⁵ Rojas, María Eugenia: *La represión política en Chile. Los hechos*. Iepala. Madrid, 1988. pp. 216-217.

“Aún vamos a construir una sociedad más justa”

Augusto Pinochet, como jefe máximo de la DINA, conoció y aprobó todos los crímenes de sus subordinados. También la tortura. El 13 de noviembre de 1974 los obispos Fernando Ariztía (católico) y Helmut Frenz (luterano), copresidentes del Comité de Cooperación para la Paz, se entrevistaron con él y le entregaron una relación de desaparecidos y un informe sobre las torturas que sufrían los prisioneros. Cuando empezaron a hablar de los “apremios físicos”, el tirano les interrumpió: “Se refieren ustedes a la tortura ¿no?”. Él mismo la puso en evidencia, en lugar de negarla o justificarla con algún argumento.

Según la declaración que Frenz prestó el 30 de junio de 2003 ante el juez chileno Jorge Zepeda, Ariztía le mostró a Pinochet una fotografía del sacerdote valenciano Antonio Llidó (dirigente del MIR desaparecido el 25 de octubre de 1974 de Cuatro Álamos, otro centro de la DINA): “Nuestro deseo era que el general supiera lo que nosotros también sabíamos respecto de estas personas, porque pensábamos que ello las ayudaría. Al serle exhibida la fotografía de Antonio Llidó, dijo textual: ‘Ese no es un cura, es un terrorista, un marxista, hay que torturarlo porque de otra manera no cantan’. Al terminar y como culminación a nuestra reunión, el general nos expresó algo que por su singularidad aún puedo recordar casi textualmente: ‘Ustedes son sacerdotes y se pueden dar el lujo de ser misericordiosos, pero yo que estoy a cargo de este país, que está contagiado por el bacilo del comunismo, no me lo puedo dar, porque para sanar de tal bacilo debemos también torturar, en especial a los miristas”.

La inmensa mayoría de los 3.600 torturadores identificados pero excluidos del *Informe sobre Prisión Política y Tortura* se pasean con absoluta impunidad por las

calles de Chile, ante la indiferencia de los gobiernos de la Concertación, que han avalado la impunidad, y ello permite situaciones absolutamente inverosímiles. Ángela Jeria (viuda del general constitucionalista Alberto Bachelet, fallecido en marzo de 1974 en la penitenciaría de Santiago a causa de las torturas sufridas a manos de sus ex compañeros de armas) y su hija Michelle fueron detenidas en enero de 1975 por varios agentes de la DINA y conducidas a Villa Grimaldi, donde fueron torturadas.

Con el tiempo descubrió que el oficial que la torturó, el coronel Marcelo Moren Brito, vive tres pisos más debajo de su casa. “En este edificio, donde vive gente toda de derechas que estaban felices con Pinochet, nadie le saluda. Al principio no le reconocí porque en aquel momento estaba vendada, ni él tampoco me reconoció a mí, pero le vi en televisión. Intenté eludirle, hasta que un día tuvimos que encontrarnos”.

Ángela se dirigía al garaje del edificio con los hijos de Michelle, cuando Moren Brito entró al ascensor, le saludó con cortesía y acarició la cabeza de su nieto menor. Al llegar a la planta baja este militar retirado le ayudó a salir y al acceder al aparcamiento ella le espetó: “Tengo que hablar con usted algún día”. “¿Ah sí? ¿Por qué sería?”, le respondió. “Es que nosotros nos conocimos hace muchos años”. “¿Y dónde?”. “En Villa Grimaldi”. Cuando este criminal supo con quien estaba hablando, huyó.

Otro día volvieron a coincidir en el ascensor y Ángela Jeria le interpeló. “Me siento muy contenta de haber hablado con él para decirle que no siento odio y que le compadezco por lo que hizo ya que va a vivir siempre con eso. Nunca pensé

que en Chile pudieran ocurrir aquellas aberraciones. Me sentí liberada porque nunca seré como ellos”.

No queremos concluir sin mencionar también, por su hondo significado, el testimonio de Alejandra Holzapfel, quien hace cuatro años volvió a estar junto a Osvaldo Romo, que le torturó y violó en Villa Grimaldi en 1974, cuando tenía 19 años y militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). “Fuimos terriblemente vejados. En Villa Grimaldi todo era terrible, incluso la música, y todo era hediondo. Todo era tortura”⁶. Alejandra sobrevivió a estos tormentos y fue trasladada a otro centro de detención, conocido como “la Venda Sexy”, donde fue ultrajada con perros y otros animales durante interminables sesiones de tortura.

Casi veintisiete años después, en diciembre de 2001, tras superar un proceso muy prolongado de recuperación emocional y afectiva, Alejandra, apoyada por casi un centenar de jóvenes de la FUNA⁷ en el exterior, volvió a evocar todo aquel horror en el juicio por la desaparición de su compañero Luis Dagoberto San Martín, en su careo con Romo, quien no tuvo valor para mirarle de frente a pesar de que sólo les separaba un metro de distancia.

En 1975 Alejandra Holzapfel partió al exilio, que se prolongó durante ocho años, tiempo en el que no le abandonaron el dolor de la tortura y la imagen de sus verdugos. “Hice un proceso muy propio, sola. Me repetía: tengo que ser capaz de volver a tener una relación sexual, tengo que ser capaz de quedar embarazada”. Con el tiempo se casó y tuvo dos hijos. “Ahora los que fuimos vejados y maltratados estamos sanos, tenemos vidas y familias normales, tenemos hijos y

⁶ *Punto Final*, n° 511. Diciembre de 2001. Edición digital: <http://www.puntofinal.cl>

⁷ Ante la impunidad la Comisión FUNA, creada hace cuatro años por hijos de víctimas de la dictadura, denuncia ante la opinión pública a los responsables de las violaciones de los derechos humanos.

nietos, trabajamos. Yo todavía no pierdo las esperanzas, creo que va a llegar un momento en que vamos a construir una sociedad más justa, más solidaria, llena de amor”.

Y a estas palabras queremos unir las de Dagoberto Pérez, hijo de Lumi Videla y Sergio Pérez, dirigentes del MIR asesinados en la primavera austral de 1974. Sergio es un detenido desaparecido y Lumi fue violada y murió en la tortura; su cuerpo sin vida fue arrojado al jardín de la Embajada de Italia por agentes de la DINA. A pesar de tanto dolor, Dago mantiene y reivindica los ideales revolucionarios de sus padres. “De a poco fui descubriendo cómo murieron, averiguaba cosas y no se las decía a mi abuela. Supe de cosas muy terribles y me da rabia por supuesto. Pero siempre supe que resistieron, que hacían lo que amaban, lo que querían hacer, que hasta el final fueron consecuentes con todo eso”.

“Hubiera sido más terrible para mí quizás, me hubiera dolido más, que hubieran destruido su consecuencia, el amor por lo que hacían, su valentía, pero todo ello está intacto y esto es lo que me importa, lo que me ayuda a salir adelante. Quiero decirte algo importante para mí: mis padres en su lucha fueron victoriosos porque por lo menos a su familia la hicieron libre. Yo soy un hombre libre, no tengo patrón, vivo de lo que me gusta y haciendo lo que me gusta. Ellos lograron lo que querían con su familia, ellos nos entregaron esa libertad a nosotros, nos liberaron a nosotros. En el fondo no fuimos derrotados, la llama aún está encendida”.